

LA MANO INVISIBLE DE ADAM SMITH O UNA CRÍTICA A LA PELÍCULA, “UNA MENTE BRILLANTE”

■
Ángel Emilio Muñoz Cardona*
Ensayo libre
■

*“Dos cosas llenan el ánimo de admiración y respeto: el cielo estrellado
sobre mí y la ley moral dentro de mí”
Immanuel Kant*

La razón que me inspira a escribir este artículo tiene como fuente principal la película “Una mente brillante”,¹ en la que se cuenta la vida del Nobel en economía Jhon Nash (1994).² Inicialmente el interés personal de ver la película era descubrir algunas bases extras del razonamiento matemático de la Teoría de los Juegos –método analítico que me llama fuertemente la atención -. Pero lo que jamás esperé ver y escuchar en aquella cinta cinematográfica fue una crítica que Nash dirige a la teoría smithiana de la mano invisible. Y desde allí nació la preocupación y el interés por conocer, de forma cierta, el pensamiento del padre de la Economía, pues no es posible que de un plumazo se pudieran echar abajo casi 200 años de análisis y pensamiento económico.

La escena cinematográfica que llama especialmente la atención ocurre cuando la mujer más hermosa de la universidad se presenta en un bar acompañada de cuatro amigas más; un grupo de jóvenes varones de la misma academia que se encontraban en aquel sitio público competirían de forma natural por conseguir pareja, pero, a su vez, el sentido de competencia les empuja a cada uno de ellos a preferir para sí la más hermosa. Por teoría de juegos la solución al problema, que aparentemente se ve tan sencilla, es que los jóvenes, sin haber hecho antes un acuerdo previo, optan por cortejar no a la más bonita sino a sus compañeras, ignorando a propósito a la más bella.

La explicación que Nash da a la decisión final de los competidores es que si todos se lanzan al mismo tiempo en procura de conquistar a la más hermosa terminarían peleándose mutuamente y ninguno sería finalmente dueño de nada. Por lo que la solución estratégica al juego no cooperativo -sin acuerdos previos- era ignorarla, para que fuese ella quien eligiera y no ellos. A lo que concluye Nash: El teorema de la “Mano Invisible” postula que *la suma de los comportamientos egoístas de las personas redundará en un beneficio y bienestar general*. Pero para que esto sea cierto se requiere un mínimo de cooperación entre los agentes económicos. En otras palabras, Jhon Nash, según la película señala, que:

* Fecha de recepción: septiembre 24 de 2004. Fecha de recepción: marzo 10 de 2005.

"el bienestar común no depende exclusivamente de la búsqueda por el bienestar individual como dice Adam Smith en su teoría de la Mano Invisible, sino de la búsqueda simultánea por el bienestar individual y colectivo."

Esta solución de Nash, si bien es cierta, desconoce el problema ético que subyace en la renuncia de la satisfacción individual para cada uno de los jugadores, y ello es normal dado que Nash no parece conocer el planteamiento smithiano de la moral. Si Nash conociera la obra completa de Adam Smith se hubiese dado cuenta de que en ningún momento rebate la teoría del escocés, sino que simplemente la confirma, es más, ni siquiera se puede afirmar que la complementa. Miremos por qué.

Siguiendo el razonamiento smithiano de la Teoría de los Sentimientos Morales, las otras razones que sirven para explicar la solución final dada por los jóvenes varones al juego serían: primero, la pena, el temor o la vergüenza que sentiría cualesquiera de ellos al ser despreciado por la hermosa joven y, por tanto, objeto de burla ante los demás, lo cual modera o limita la acción. Segundo, sí no moderan las pasiones y todos se disponen a cortejarla, entonces se alimenta el orgullo o la vanidad de la joven al sentirse asediada, el centro de atracción y la más preferida por todos los jóvenes varones, lo que termina por hacerla más exigente e inalcanzable. Tercero, por la experiencia vivida, al percatarse cada uno de ellos de que la joven es igualmente deseada por todos, se abstienen de ir a cortejarla, de tal manera que se eviten las susceptibilidades, los roces, los desacuerdos o los problemas entre ellos mismos, con lo que se conserva y se da mayor interés a la amistad. La sabiduría o la correcta prudencia les aconseja la calma y la espera a mejores oportunidades.

Es así como desde la acción moral de los jugadores, la solución estratégica al juego

sigue siendo la misma: ignorar a la joven y esperar a que sea ella quien elija. Lo que de antemano da al afortunado mayor felicidad y satisfacción, por lo que él podrá conservar la amistad y la mujer más bella de la colegiatura, es decir, siguiendo el razonamiento smithiano, la búsqueda prudente del beneficio particular lleva al beneficio de la sociedad como un todo.

Más allá de la simple solución matemática está el concepto de la ética, en la que los jóvenes de forma particular y sin proponérselo –sin haber hecho un acuerdo previo– moderan, por experiencia, su comportamiento bajo un claro sentido de la prudencia, lo que les permite una racionalidad de sus actos. Ellos, por ejemplo, gracias a su experiencia social, valoran sus actos no desde su propio egoísmo sino también desde la opinión de los otros como espectadores. Dan una mayor importancia a las relaciones sociales como la amistad, que a las simples relaciones del oportunismo o a las del interés del egoísmo no moderado –(*selfishness*)– como el de pelearse o luchar como animales por lo que su apetito a bien personal les dicta.

Pero es necesario aclarar más el concepto moral del hombre smithiano, de tal manera que se comprenda el valor de la teoría de la mano invisible legada por Adam Smith.

El hombre moral de Smith

Para el hombre smithiano, quien por naturaleza vive en sociedad, sus actos no sólo van a depender de lo que le parece a él lo mejor; también dependen de la forma como las demás personas los ven e, incluso, a veces, resulta más ventajoso prestar una particular atención a la manera como las personas interpretan los resultados de dichos actos que a la justificación que ellos, a criterio personal, se les puedan dar. La razón

de este proceder en el hombre es su naturaleza de ser social, la cual busca simpatizar con el mayor número posible de personas. Para lograrlo, él ajusta su accionar al común de la sociedad, lo que le permite ganar, por el acto de la prudencia, el reconocimiento y la aceptación social imprescindible al buen vivir en comunidad.

De esta manera lo que es por naturaleza bueno o malo para un hombre ha de ser también para la sociedad, ya que la necesidad ineludible de establecer relaciones sociales permanentes y lo más estables posible surge naturalmente de la búsqueda de los hombres por la felicidad, o del logro de un mejor vivir individual, pero a veces, afirma Smith, el hombre confunde los medios con el fin y cree que el procurarse para sí el poder y la riqueza le hace ser verdaderamente feliz, razón por la que empeña parte de su vida en la laboriosidad de satisfacer tales deseos.

“Lo que le impulsa primero a cultivar la tierra, a construir casas, a fundar ciudades y comunidades, a inventar y a mejorar todas las ciencias y artes que ennoblecen y embellecen la vida humana; cambiando por completo la faz de la tierra, él ha transformado las rudas selvas de la naturaleza en llanuras agradables y fértiles y ha hecho del océano intransitado y estéril un nuevo fondo para la subsistencia y una gran carrera que comunica las diversas naciones del globo.”³

Es así como, para Smith, la inmensidad de los deseos del hombre se convierte en el motor interno que desarrolla y ennoblece la vida. Cuando apenas se ha logrado satisfacer un deseo ya se han dado pasos para satisfacer una cantidad mayor, por lo que resulta que la búsqueda individual por mejorar las condiciones de vida se traduce en beneficios para la sociedad.

El terrateniente que, por ejemplo, en su afán de aumentar sus riquezas ordena y dispone las tierras para la producción de trigo, cosecha para sí toneladas de dicho bien que él sólo no es capaz de consumir, por lo que se ve obligado a distribuir los excedentes de su cosecha entre aquellos que con esmero preparan el pan que se consume, entre los que labraron la tierra e hicieron posible la cosecha, entre quienes industrializan el trigo en harina, entre quienes cuidan de su casa y entre quienes le complacen otra variedad de deseos y comodidades. De esta manera, por rico o pobre que sea el hombre, su naturaleza le lleva a desear bienes y comodidades que le procuran bienestar; necesidades o deseos que para ser satisfechos demandan del concurso de otros seres.

La constitución natural del hombre no le permite por sí sólo alcanzar el óptimo bienestar para sí; él demanda de la asistencia de otros saberes, habilidades y conocimientos que no posee, pero que en la unión de hombres sí es posible obtener. Esta limitación natural del hombre es la que lo lleva por naturaleza a ser social y por tanto a moderar su comportamiento, de tal manera que él pueda contar con la asistencia de otros y alcanzar para sí como para el conjunto el bienestar social deseado. Por lo que la felicidad del hombre no es sólo medible u alcanzable en el volumen o cantidad de riquezas materiales que posee o puede disfrutar, sino también en el grado de aceptación social que le permite realizarse y vivir como persona; inclusive esto último es lo que tiene mayor valor o estima para el hombre smithiano.

De allí que por naturaleza y por experiencia el hombre modera sus actos de relación social al punto del agrado y de la aceptación grupal o comunal, así no existan acuerdos previos, como en el caso de Jhon Nash en la película “Una Mente Brillante”. Es decir,

cualquiera sea la empresa que un hombre emprenda su éxito o fracaso dependerá, en gran medida, de la ayuda o de la asistencia que los demás puedan brindarle. El obrar correcto, el actuar con prudencia, es lo que permite al hombre el logro para sí de relaciones simpatéticas.

Si bien la Divina Providencia, en términos de Smith, ha dotado a todos los hombres de idénticas potencialidades no todos desarrollan las mismas destrezas y habilidades, por lo que es necesario el concurso de varios hombres para llevar a cabo una labor. Con lo que se crea una división natural del trabajo destinada a procurar la satisfacción de las necesidades propias a través de la satisfacción de las necesidades de otros. Es así como, por ejemplo, el deseo de una persona por escuchar música demanda de la habilidad de otras personas: la del compositor para componer, la del músico para interpretar y el buen gusto de los organizadores, decoradores y publicistas; de esta manera todos consiguen satisfacer sus deseos, por lo que Smith afirma:

“Una mano invisible los conduce a realizar casi la misma distribución de las cosas necesarias para la vida que habría tenido lugar si la tierra hubiese sido dividida en porciones iguales entre todos los habitantes, y así sin pretenderlo, sin saberlo, promueven el interés de la sociedad y aportan medios para la multiplicación de la especie.”⁴

Independientemente del reparto de recursos o del egoísmo existente entre los hombres, el carácter de su naturaleza social les lleva a todos a disfrutar de una parte de lo producido, de los avances tecnológicos, de los desarrollos de la ciencia y de las artes en general, con lo que se logra, *como guiados por una mano invisible*, mejorar las condiciones de vida y de bienestar social. Por ejemplo, el apro-

vechamiento de los avances tecnológicos de la rueda para facilitar el traslado de personas y mercancías, en su momento, fue de gran utilidad para la sociedad en general; aunque en forma particular un individuo de esa misma sociedad no hubiese tenido la experiencia o acceso al carruaje.

De esta manera Smith no aprueba el egoísmo puro como una característica de la naturaleza del hombre, ya que no es totalmente compatible con su carácter social. Al ser el hombre smithiano por naturaleza un ser social significa que él es un ser incapaz de subsistir fuera de la sociedad, que logra mayor bienestar en el desarrollo de una vida conjunta y compartida con los demás seres sintientes. Significa que su accionar es fruto de la experiencia, esto es, de sus relaciones sociales, las cuales le enseñan la virtud de la prudencia. Es así como, en Smith, la división del trabajo no surge en el hombre como producto de la razón sino de la experiencia práctica y de la propensión natural al cambio, en otras palabras, de la búsqueda instintiva en el hombre por mejorar sus condiciones de vida conjunta.

Al tener como base moral el hombre smithiano la categoría innata de ser social, su accionar deberá, por tanto, ser el producto final de lo que las instituciones sociales y la sociedad en su conjunto le han formado o le han inculcado; de tal manera que si a él se le enseñan el buen trato, el respeto, la solidaridad, el amor, en otras palabras, a usar mejor su sentir natural, muy seguramente él será mejor ser humano y procurará, de forma natural, por un mayor bienestar social.

En conclusión, el hombre smithiano es un ser social que busca de las demás personas la admiración, el respeto, la amistad desinteresada, los sentimientos de amor verdadero; en otras palabras, que se le aprecie como individuo, él no desea que se

le trate o se le mire como a un objeto útil, que posee “amigos” sólo si es útil o satisface un fin ajeno. El hombre smithiano es aquel ser sintiente capaz de establecer relaciones sociales simpatéticas desinteresadas y, por tanto, naturales, que surgen de su naturaleza innata de ser social, como por ejemplo, las de querer estar acompañado, las del sentimiento de compañía o las de querer tener a su lado un grupo de personas de confianza con las que se puede contar.

Por ello no es posible concebir a Smith como un utilitarista; más bien debería considerársele como un moralista de la prudencia, ya que la base de las acciones humanas, para Smith, es la experiencia y no la razón. La experiencia permite al hombre smithiano la racionalidad de sus actos, de allí que él evalúe entre ellos cuál debería ser su obrar frente a relaciones diferentes con los demás seres sintientes. Y ese actuar de la prudencia surge de la experiencia social no del cálculo racional; en cambio, el sentido del actuar utilitarista surge en el individuo de un cálculo racional más que de los sentimientos simpatéticos para con los demás seres sintientes. Por lo que para la teoría moral de Smith esto último se hace insostenible.

¿Puede entonces, la Mano Invisible de Smith modelar las relaciones políticas entre los hombres como modela las relaciones egoístas?

La respuesta, obvia, en Adam Smith parece ser que sí, ya que los hombres valoran las instituciones en la medida en que ellas tiendan a promover la felicidad de las personas, en otras palabras, a llevar a cabo el fin para el cual fueron creadas y diseñadas por la sociedad misma.

No es, para el escocés, la existencia de una forma de gobierno determinada la causa exclusiva de la cual depende la felicidad

humana y menos aún de la visión subjetiva de un gobernante, *sino de la naturaleza misma del hombre, el cual procura para sí lo que es bueno*. Es por el deseo universal de los hombres de llevar una vida agradable y placentera por lo que se acuerda la creación de normas e instituciones que permitan y fomenten dichas formas de felicidad general, por lo que se espera de ellas no que sirvan para procurar la búsqueda de intereses particulares sino del colectivo.

El hombre de la sociedad moderna espera, por ejemplo, que las leyes que lo gobiernan sean promulgadas con equidad y oportunidad, ya que tales cualidades interesan a todos los miembros de la comunidad, y más a los desposeídos, lo que hace de dicha institución algo magnífico y bueno. Espera que el Estado como representante de los intereses del colectivo sea capaz de brindar seguridad y justicia, de realizar la distribución más equitativa posible de los beneficios derivados de la unión política entre todos los diferentes miembros de la comunidad, lo que hace de dicha institución algo noble y excelso. De los centros de educación se espera que el hombre aprenda a vivir en sociedad, aprenda las artes y las ciencias necesarias que fomentan el progreso de la comunidad, por lo que al hacerlo se granjean el aprecio y el respeto. A lo que no puedo dejar de añadir, afirma Smith:

“... que la capacidad de un pueblo para ejercitar derechos políticos con provecho para sí presupone una difusión del conocimiento y una buena moralidad, que sólo pueden resultar de la acción previa de leyes favorables al trabajo, al orden y a la libertad.”⁵

Leyes que no dependen de la voluntad de un gobernante o de un gobierno sino del libre juego de la naturaleza social del hombre, es decir, leyes que por surgir de la expe-

riencia enseñan a la sociedad cuáles han de ser las normas que deben ser promulgadas en aras de conservar la paz, la justicia y la armonía dentro de la comunidad, en otras palabras: lo bueno, el buen vivir, es decir, la felicidad social.

“El mismo principio, el mismo amor por lo sistemático, el mismo aprecio por la belleza del orden, el arte y el ingenio, frecuentemente llevan a recomendar las instituciones que tienden a promover el bienestar general... De esta manera los logros que la política pretende, el desarrollo del comercio y la industria, son objetivos nobles y magníficos. Contemplarlos nos complace y nos interesa todo lo que pueda tender a fomentarlos. Forman parte del gran sistema de gobierno, y los engranajes de la maquinaria política parecen moverse con más armonía y comodidad gracias a ellos. Nos gusta observar la perfección de un sistema tan egregio y bello, y estamos molestos hasta que no removemos cualquier obstáculo que pueda mínimamente perturbar o estorbar la regularidad de su funcionamiento.”⁶

Por lo que el hombre desde su misma naturaleza innata de ser social, *guiado como por una mano invisible*, busca promover la felicidad de todos los demás hombres, incluso permitiendo el condicionamiento de su interés personal en aras de la equidad y la igualdad, el orden y la seguridad, la paz y la prosperidad. Aceptando normas y leyes que promueven la felicidad de la comunidad, así él no participe directa o indirectamente en la promulgación de esas leyes, pero que acepta porque finalmente son garantía de bienestar para la sociedad. De esta manera, guiados por una *Mano invisible*, los hombres unen la búsqueda del interés particular con el interés general, es decir, los medios con los fines, en otras palabras, la laboriosidad individual del hombre que busca su propio beneficio con su aprecio natural por el orden

y la armonía de lo sistemático y el fiel cumplimiento de las instituciones que tienden a promover el bienestar general.

Así mismo el hombre smithiano va de lo particular a lo general evitando realizar actos que sean motivo de conflicto, de discordia, o de rencillas, en otras palabras que no promuevan el bien o la felicidad del conjunto; es decir procura el autocontrol o la moderación de sus actos hasta el punto de la armonía social. El hombre smithiano, actuando en libertad, busca por naturaleza realizar aquellos actos que para sí son agradables y buenos en cuanto potencian su felicidad, que el realizar aquellos actos que le granjean zozobra, pleitos y discordias, es decir, infelicidad, por lo que tiende a evitarlos. Con lo que se logran la tranquilidad, la seguridad y la paz tanto para sí como para los demás.

De igual manera, en la escena de la película “Una mente brillante” el grupo de jóvenes universitarios que se vieron fascinados por la belleza de la joven que entró al bar comprendieron rápidamente que en cada uno de ellos se despertó la misma pasión de conquistarla, de allí que para evitar desacuerdos y peleas entre ellos mismos prefirieron, *como guiados por una mano invisible*, ignorarla. La experiencia les ha enseñado a moderar sus pasiones, por lo que sin ponerse en común acuerdo, cada uno de ellos desiste de despertar en el otro los celos y el enojo al competir todos por el mismo objetivo, y dejan a ella, como ser sintiente, la elección final. Con lo que se alcanzó el mejor bienestar posible para todos y se conservó la armonía social del grupo.

¿Cómo surge en el hombre Smithiano el aprecio por el orden civil?

Es de la experiencia que se acumula en la relación social de los hombres y del deseo de mejorar la vida en sociedad que se da paso

al interés y al análisis de algunos hombres por los fenómenos sociales, políticos y económicos que, aunque resultan ser bien complejos por lo intrincado de su razonamiento, van dando las pruebas, las bases y la fortaleza de los argumentos que necesitan los saberes interdisciplinarios, los cuales se ilustran y se limitan mutuamente; con lo que la ciencia de la política, a través del tiempo, adopta cada vez más la forma sistemática que asiste y estimula la labor de los investigadores.

Investigaciones que al darse a conocer a la luz pública deberán ser capaces de estimular el espíritu cívico, al ilustrar y enseñar a cada hombre el amor por el país, al mostrar las ventajas y desventajas que tiene su país con respecto a otras naciones, los problemas que afronta y el interés de superarlos, de los peligros a que está expuesto y cómo puede protegerse. De enseñar a todos los hombres cuáles son las ventajas que pueden disfrutar los súbditos de un Estado bien gobernado, los cuales gozan de mejores viviendas, mejores ropas, mejor calidad de alimentos, mejores relaciones entre los ciudadanos y, sobre todo, cómo es posible, también para ellos, alcanzarlos.

De nada sirve para un investigador o para un hombre de espíritu público queriendo despertar el espíritu cívico en un pueblo mencionar sólo los bienes que disfrutan los ciudadanos de un país rico y bien gobernado; es necesario mostrar, además, cuál es el medio y el camino a seguir de cada institución política para lograr dicho fin. Así, por ejemplo, cuando se muestra una máquina de imprenta a una persona y se le explica además para qué sirve y cómo funciona, cuál es su utilidad al imprimir cientos de hojas y darlas a conocer a millares de personas, es como se despierta en la persona el interés por la máquina. De igual manera es necesario explicar a los hombres de una comuni-

dad cómo es posible para ella mejorar sus condiciones de vida, cuáles deberían ser las conexiones y las relaciones entre las distintas instancias de la política pública, qué factores actualmente impiden a dicha comunidad alcanzar un mayor progreso y cómo es posible remover dichos obstáculos. Finalmente cómo es posible armonizar todas las instituciones políticas en procura del mayor bienestar general sin chocar entre sí.⁷ Papel que ni la ciencia política ni la ciencia de la economía pueden abandonar si buscan el engrandecimiento natural de un país. Con lo que se estimula el espíritu cívico, el sentimiento natural por la belleza, del orden y el amor por lo sistemático.

¿Cómo es posible armonizar todas las instituciones políticas en procura del mayor bienestar general sin chocar entre sí?⁸

El sentir natural del hombre de ver que las cosas que él ha creado funcionan bien y cumplen con su finalidad. De esta manera, por su tendencia natural, el hombre admira de su creación, por ejemplo, los vastos jardines de un palacio, el confort de una cama, la resistencia de una carreta, la decoración de una habitación, y se incomoda cuando algo afea tan espléndida belleza, por lo que busca corregir o remover el error. Con igual sentimiento, el hombre smithiano, de forma natural, se inclina a preferir la paz a la guerra, la prosperidad y la riqueza de su nación a la pobreza; en otras palabras, fomenta la creación de instituciones sociales que promueven el buen gobierno y el bienestar general y lucha por cambiar las que no lo hacen.

Es así como, para Smith, dentro de la misma naturaleza moral del hombre convive la inclinación natural por la belleza del orden, de remover lo que está mal, por lo que no

deben interferir las instituciones más que para garantizar el orden y la seguridad, no para cambiar su libre accionar, ni para alterar el orden natural de las cosas. Porque al hacerlo se fomentan entre los hombres el egoísmo y el juego no limpio. Por el contrario, la obligación de las instituciones políticas ha de ser la de garantizar el orden y la justicia, la igualdad y la equidad entre los ciudadanos, es decir, servir de gendarmes o de testigos de que las decisiones que se toman favorecen al colectivo y estimulan bienestar general.

Las instituciones de educación, por ejemplo, tienen como fin el de formar hombres capaces de vivir en sociedad, de respetar las diferencias y las individualidades, de controlar las pasiones irascibles y el de mantener la correcta prudencia entre sus actos; es decir, de las instituciones de educación la comunidad espera que sean capaces de formar hombres civilizados y sociales y, por tanto, cada vez más alejados de los comportamientos salvajes o animalescos. Tal es el resultado final que la sociedad espera al crear y poner a su servicio dichas instituciones de formación educativa. De allí que el comportamiento de los jóvenes en la escena de la película "Una mente brillante" fuera el más civilizado posible, acorde con sus experiencias y con la formación académica recibida. No es lógico ni común ver u observar en universitarios comportamientos salvajes o animalescos, pues dichos proceder desmentirían el papel que ha jugado el sistema de educación en ellos y se pondría en evidencia o en tela de juicio la belleza y la utilidad de los esfuerzos sociales para mantener u apoyar dichas instituciones.

De otro lado, en Smith, cualquier sistema político que intente desviar, poner restricciones o impedir el destino hacia una actividad especial de una cuota del capital de la sociedad distinta de la que acudiría hacia ella naturalmente, es realmente

subversivo para el gran objetivo que pretende promover.

"De esta forma, dice Smith, criticando al pensamiento mercantilista, los artificios solapados de los comerciantes se han erigido en máximas políticas para la conducta de un gran imperio. Se ha pretendido enseñar a las naciones que su interés consiste en arruinar a todos sus vecinos. Se ha intentado que cada nación contemple con envidia la prosperidad de cualesquiera de las naciones con la que comercia, y que considere a ese beneficio como su propia pérdida. El comercio que debería ser entre las naciones como entre los individuos, es decir: un lazo de unión y amistad, se ha vuelto un campo fértil para el desacuerdo y la animosidad... la mezquina rapacidad y el espíritu monopolista de los comerciantes y los industriales, que no son ni deben ser los gobernantes de la humanidad, es algo que aunque acaso no pueda corregirse, sí puede fácilmente conseguirse que no perturben la tranquilidad de nadie salvo la de ellos mismos."

Por lo que se concluye que, para Smith, cuando se deja al hombre actuar libremente su misma naturaleza le lleva, como guiado *por una mano invisible*, a la prosperidad social y política, al buen desarrollo del comercio y de la industria; gracias a que en él existe la tendencia natural de procurarse para sí lo que es bueno y agradable, de preferir el orden social al desorden social, lo sistemático a lo caótico. En otras palabras, es necesario dejar que la naturaleza humana actúe en libertad, permitiéndosele un juego limpio en la persecución de sus fines, de modo que sea ella la que pueda establecer sus propios designios.

Es decir, el hombre Smithiano no pierde su naturaleza social al dejar actuar libremente su ser, ya que sin él proponérselo y como

guiado por una mano invisible es capaz de procurar la felicidad para sí como para los demás, la libertad que demanda sus deseos por la búsqueda de la riqueza individual, como también, el amor por la prosperidad y la riqueza económica de su nación, la de verse y sentirse bien como persona y ser humano y la de ver que todos los demás seres humanos disfrutan igualmente del mismo bienestar, el orgullo personal de tener prosperidad económica y social como el orgullo que se siente de pertenecer a una cultura y a una nación que es por todo el mundo admirada y respetada.

En otras palabras, el hombre de la filosofía moral Smithiano en la *Teoría de los sentimientos morales* es el mismo hombre de la ciencia económica que Smith trata en *la Riqueza de las naciones*. **Es decir, la teoría de la Simpatía es plenamente compatible con la ética del interés propio y el impulso empresarial de maximizar beneficios.** Accionar humano que logra su tránsito del interés individual al social gracias a la misma naturaleza social del hombre que *guiada como por una mano invisible* lo lleva a preferir lo que es bueno para sí y para los demás seres sintientes de la naturaleza.

■ CITAS

- 1 **Título en Español:** Una mente brillante. **Título en Inglés:** A beautiful mind. **Dirección:** Ron Howard. **País:** USA. **Año:** 2001. **Duración:** 134 min. **Interpretación:** Russell Crowe (John Nash), Ed Harris (Parcher), Jennifer Connelly (Alicia Nash), Christopher Plummer (Dr. Rosen), Paul Bettany (Charles), Adam Goldberg (Sol), Josh Lucas (Hansen), Vivien Cardone (Marcee), Anthony Rapp (Bender), Jason Gray-Stanford (Aisnely), Judd Hirsch (Helinger), Austin Pendleton (Thomas King). **Guión:** Akiva Goldsman; basado en el libro de Sylvia Nasar. **Producción:** Ron Howard y Brian Grazer.
- 2 John Forbes Nash Jr. nació el 13 de junio de 1928 en Bluefield, Virginia Occidental, EEUU. Estudió en Carnegie Institute of Technology (sus primeros escritos los publicó con su padre a la edad de 17 años) donde obtuvo el grado de licenciatura y maestría en Matemáticas en 1948. En 1950 obtuvo el grado de doctor en la Universidad de Princeton con su Tesis "Juegos no Cooperativos" y su teorema de equilibrio en negociaciones, el cual inauguró una lenta revolución en campos tan diversos como: economía política, ciencias políticas y evolución de la Biología.
- 3 Adam Smith. *La Teoría de los Sentimientos Morales*. Madrid 19997, Alianza Editorial, Parte IV, Sección II, página 332.
- 4 *Ibíd*em, página 333.
- 5 Adam Smith. *Ensayos Filosóficos*. Madrid –España, 1998, Editorial Pirámide. Relación de la Vida y Escritos de Adam Smith, por Dugald Stewart, página 270-271
- 6 *Ibíd*em *Teoría de los Sentimientos Morales*, página 334.
- 7 *Ibíd*em. *Teoría de los Sentimientos Morales*, página 336.
- 8 Smith, Adam. *Teoría de los Sentimientos Morales*, op cit, parte IV, página 336.
- 9 *Ibíd*em. *Ensayos Filosóficos*, página 275.